

Miguelena

Tanner Pfeiffer

Miguel. Elena. Una impresión de permanencia, paciencia, tragedia.

Miguel anda por el campo. Mira. Oye. Continúa. Su camino está despejado, también su mente. No hay ninguna verdadera idea en la cabeza. Sólo hay una fijación en la imagen del futuro perfecto, que él piensa que es la única posibilidad. Anda y anda hacia el termino de la vida. Nunca encuentra su visión ideal.

Elena se sienta en la arena ribereña. Siente el agua fluyendo por los dedos. Toca los granos cerca de sus pies. Piensa que está esperando, pero no está segura. Las potencialidades del porvenir no visita al corazón. Es que hay sola una. Súbitamente se tambalea al arroyo. Se zambulle y no aparece otra vez.

Elena. Miguel. Una sensación de movimiento, incorporación, separación.

Elena ve el triste pueblo. Se la llama. Va allá. Acaricia a las paredes de los edificios, a los calles. Son rotos, pero completos. Distraídos, pero elegantes y orgullosos. Empieza a bailar. Baile largamente, llena de gracia, la definición de hermosura. Termina y se acosta. Queda hacia el viento frío recoge su alma, quedando solo el cuerpo.

Miguel mira por la ventana. La naturaleza parece tan distante, como un sueño de felicidad completa. Los edificios respiran en la noche fría. No tienen la capacidad para retener el calor del día o de la vida. Las ventanas son oscuras. La luna brilla, enfocando en la falta de la vida en el pueblo. Él escucha por un momento. Nada pero el susurro de un fantasma. Espera hacia se convierte en el mismo.

Miguel. Elena. Una vibración de conexión, resonancia, esperanza.

Miguel maneja el carro camino a trabajo. Otro día en un infierno monótono. Gira la cabeza y la ve. La única ola en el océano placido. La mujer centelleante. «Te entiendo.» Nunca siente el impacto del otro coche.

Elena hace compras para comida. Sale de la tienda. Otro día en una existencia frenética. En el rabillo del ojo, hay una luz. Ella mira hacia arriba y lo ve. El único valle en la cordillera alta. El hombre brillante. «Te entiendo.» El otro coche machuca el carro en que está el hombre. El corazón de Elena muere ahora, pero ella vive cincuenta años más.

Elena. Miguel. Una presión de sufrimiento, proximidad, vacío.

Elena toma el tren, el segundo vagón. El campo es indistinto por causa de la velocidad del tren. Su porvenir es indistinto porque ella no puede encontrarse a sí mismo. Los otros pasajeros viven vidas similares. Siempre es que nunca va a ser el mismo. Las decisiones del pasado que influye el futuro ha pasado y no puede hacer nunca para cambiarlas. Es la hora de vivir libremente. Pero algo es ausente. Puede sentirlo.

Miguel toma el tren, el tercer vagón. Mira fijamente al suelo. No quiere mirar a los otros. Su estómago no ha tenido comida hace dos días. Es más importante para escapar del pasado que sobrevivir el presente. Puede huir de la situación, pero las consecuencias de las acciones siguen a una persona por toda la vida. Pone la cabeza en las manos. Algo es ausente. Puede sentirlo.

Miguelena. Una impresión de movimiento, resonancia, vacío.

Los dos no pueden ser nada pero rocas en el río de la vida, rompiendo la continuidad de la multitud de las gotas que pululan y fluyen y corren alrededor de ellos, siempre observando pero nunca entendiendo lo que pasa por ellos.